

amará a su Hijo con la intensidad con que una Madre como ella es capaz de amar al fruto de sus entrañas, obra del Espíritu de toda santidad y mediante el amor creado de su Hijo y juntamente con ese amor, amaré a Dios, primer principio de todas las cosas.

El Verbo se hará hombre; se encarnará en el seno de una Virgen, y esta Virgen será María: tal es el *primer decreto*.

Y ved ya como triunfa Dios en sus designios sapientísimos. Su deseo de ser amado se realiza por modo maravilloso, y por igual modo queda satisfecha esa tendencia a comunicarse inherente a su bondad.

Mas el amor ¿conoce por ventura el reposo? ¿No le impulsan dulcemente a la acción, sin consentirle treguas que resfrien su llama, esas aspiraciones férvidas, ardientes, esas inquietantes ansias de ver siempre más amado al que forma el objeto de sus pensamientos y da vida a las afecciones que brotan allá dentro ¡Ah! Si el amor es la herida del corazón, esos sentimientos hacia el amado que le ocupan por completo y constituyen una imperiosa necesidad son, a su vez, su herida y delicioso tormento.

Apenas es decretada la creación de Cristo, Dios pone en El todas sus complacencias, y su amor siente una especie de necesidad de ver multiplicarse los corazones al rededor de su Hijo dilectísimo, y que llegan de todas partes en legiones innúmeras a testimoniarle su afección profunda; que se adhieren a El y le reconocen por su Rey y mediador a fin de que se tornen por esa vía única que es Cristo, al primer principio.

Pero esa mirada de la Santísima Trinidad se detiene también en María con singular y señaladísima complacencia. Las riquezas de gracias y bienes celestiales que con prodigalidad verdaderamente divina derremará el Señor sobre el alma de esa privilegiada criatura, la embellecerán hasta tal punto, que llega a provocar su incomparable belleza el amor de las tres divinas Personas, las cuales no solamente aman a la Inmaculada Virgen, sino que desean que la Madre de Dios sea en unión con Cristo, aunque secundariamente y con cierta subordinación de inferioridad a El, centro de los corazones y el objeto del amor universal.

Por su parte, el amor humano de Jesucristo no se contenta con descansar en el gozo y fruición de Dios. Porque lleva impreso ese carácter particular que distingue el amor de Dios, del cual no es aquel más que una emanación, no solo ama a su Padre con todo ardor de que es capaz, sino que se siente torturado El también ¡oh matirio de inefable suavidad! ; se siente torturado del deseo de verle rodeado de corazones amantes.

La Virgen sin mancilla obra asimismo, ejerce su acción sobre el Corazón del Creador. ¿No está todo patente a las miradas del eterno? El ve, pues, el amor intensísimo de que será objeto por parte de esta su predilecta Hija; no se le oculta el celo que la devorará por la gloria de su Hijo y de su Dios, y así, para honrar y sublimar a su Madre, será su voluntad que este amor tenga real y verdadera influencia sobre el acto productor de las diversas criaturas que han de aparecer al sonar el gran *fiat* de la creación.